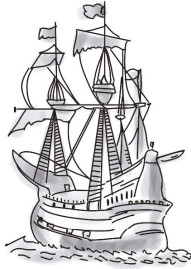


schon

in 60 2. Jahr
nach 2 2. Jahr

in 60 2. Jahr
nach 2 2. Jahr
nach 2 2. Jahr
nach 2 2. Jahr



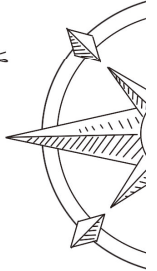
Wahr

2. Jahr



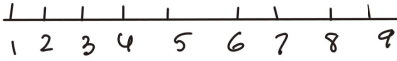
Wahrheit

Wahrheit



in 60 2. Jahr
nach 2 2. Jahr

in 60 2. Jahr



in 60 2. Jahr
nach 2 2. Jahr
nach 2 2. Jahr
nach 2 2. Jahr



in 60 2. Jahr
nach 2 2. Jahr
nach 2 2. Jahr
nach 2 2. Jahr

in 60 2. Jahr

in 60 2. Jahr



in 60 2. Jahr
nach 2 2. Jahr

in 60 2. Jahr
nach 2 2. Jahr
nach 2 2. Jahr
nach 2 2. Jahr



in 60 2. Jahr



in 60 2. Jahr



in 60 2. Jahr

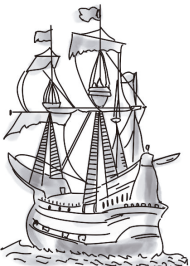
in 60 2. Jahr



in 60 2. Jahr
nach 2 2. Jahr
nach 2 2. Jahr
nach 2 2. Jahr



in 60 2. Jahr



in 60 2. Jahr
nach 2 2. Jahr
nach 2 2. Jahr
nach 2 2. Jahr



in 60 2. Jahr
nach 2 2. Jahr
nach 2 2. Jahr
nach 2 2. Jahr

La Isla Eterna

Historias de los Cuatro Reinos II

GEMA JURADO PÁRRAGA
LAURA CRUZ EXPÓSITO

AKANE
EDITORIAL

La Isla Eterna

(Historias de los Cuatro Reinos, 2)

Primera edición: marzo de 2024.

© de la obra: Gema Jurado Párraga y Laura Cruz Expósito

© de la corrección: Estrella Regidor y Auxi Zurera

© diseño de cubierta: Inma Moya (@byndebondry)

© de la ilustración del mapa: Andrés Aguirre, 2023 (@aaguirreart)

© de las ilustraciones interiores: Alba N.F. (@kalisdice)

© 2024, Akane Editorial

www.akaneeditorial.com

ISBN: 978-84-19305-14-5

IBIC: YFHR

Depósito Legal: Z 374-2024

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley.

*Este libro es para todas las personas que creen
que hay un hilo rojo que los une a su destino.
Nosotras también.*

LOS CUATRO REINOS

IZEL

REINO DE
AIRLA

KARALYN

MESETA
CENTRAL

SORIN

EL SENDERO CELESTE

PALACIO DE SORIN

PALACIO DE

EE

PALACIO DE

XANTH

PALACIO DE

LAS AGUAS PROHIBIDAS







PRIMERA PARTE

«Vivir sería una gran aventura».

La gran aventura de Peter Pan

Jack

HACE MUCHO TIEMPO que el ser humano no se conforma solo con ser lo que es. Necesita más. Más riqueza. Más posesiones. Más vida. Las dos primeras cosas pueden conseguirse con un poco de suerte. La última, sin embargo, no está a nuestro alcance. Ni siquiera al alcance de la suerte. Pero el ser humano fue creado para ser ambicioso, o, al menos, eso creo.

La leyenda de Àedh lleva siglos circulando de boca en boca. De generación en generación. «La Isla Eterna», se dice que las personas enviadas allí rejuvenecen hasta que desaparecen de la existencia de los Cuatro Reinos; y dependiendo del crimen de la persona desterrada, lo hacen más o menos rápido. «La Isla Eterna», se dice que allí escondieron la joya de la corona de la primera reina de Sorin. La misma joya que se cree que otorga la vida eterna. Después de varios intentos de asesinato (quizás para comprobar que la reina era inmortal o, tal vez, simplemente para arrebatárle la joya), el rey decidió esconderla en Àedh para que nadie la encontrara de nuevo.

¿Siendo sincero? Nunca he creído en esas leyendas. Vivo en un continente en el que existen los dragones y la magia, y



creo en ellos porque su existencia es un hecho. Es real. Pero las leyendas, como su propio nombre indica, son historias que, fácilmente, podrían ser ficticias.

No, las leyendas no son para mí.

Mi madre no opina igual. ¿Recordáis que acabo de decir que los seres humanos fueron creados para ser ambiciosos? Pues mi madre es la que más. Decidió embarcarse en la búsqueda de una joya que, se cree, otorga la inmortalidad. La vida eterna. Una leyenda, al fin y al cabo. Lleva años buscándola, pero, al parecer, no es tan fácil. Y tengo la ligera sospecha de que es porque, en realidad, no existe. Obviamente, no he llegado a confesárselo.

Como iba diciendo, hace años que decidió embarcarse en la búsqueda de la joya. Para eso, por supuesto, debía encontrar antes la Isla Eterna, escondida en algún punto del mar Oryn. Ahorró durante otro par de años hasta que su capital le permitió hacerse con una fragata. A mí, personalmente, no me gustan los barcos. Ni el mar. Ni la humedad. Ni el escorbuto. Tampoco la riqueza. Con el tiempo, acabas acostumbrándote a la sencillez. No hacen falta grandes cosas para disfrutar de la vida. Yo, por ejemplo, me conformo con un buen libro.

Ninguno de los que he leído me ha preparado para estar a bordo del Aguamarina. Y mucho menos para sobrellevar el constante mareo. Por mucho que mi madre se empeñe en hacer de mí un pirata, yo no tengo madera.

Ahora mismo mi única tarea es conseguir leer sin que el agua del mar salpique las páginas. Suficiente tenía ya con que se abrieran por culpa de la humedad.



Resoplo con infinito hastío cuando mi madre me mira con desaprobación.

—¿Qué?

—Deberías estar izando velas —farfulla ella, justo cuando las velas se despliegan con un sonido acolchado.

Desde la cofa, Harry me mira divertido mientras pone los brazos en jarras, imitando a mi madre. De lejos apenas se aprecian los tatuajes que le llenan los brazos.

Pongo los ojos en blanco.

—No sé izar las velas. —Mi madre enarca las cejas. Me apresuro a volver a hablar; cuando hace ese gesto es que está a punto de protestar—. No me gusta el mar, mamá. Me conoces desde hace dieciséis años, deberías saberlo ya.

—Tiene razón, capitana —interviene Harry, que ha bajado de la cofa en un santiamén. Asiento, sin ser consciente por un momento de que nunca me apoya en nada—. Deberíamos tirarlo por la borda. —Ahí está el Harry que yo conozco.

Mi madre pone los ojos en blanco.

—Sois una panda de merluzos —responde mientras se aleja.

Harry me mira con su sonrisa deslumbrante de siempre. Su expresión es aniñada, a pesar de ser tres años mayor que yo.

—No puedes seguir dándole estos disgustos a tu madre —dice, quitándome el libro de las manos.

Protesto al instante.

—Devuélvemelo —ordeno, pero él hace caso omiso—. Harry —le advierto cuando asoma el libro por la borda.



—¿Qué me das a cambio? —pregunta, balanceando el libro entre sus dedos. Un solo movimiento en falso y caería al agua.

—¿Qué quieres a cambio?

Él sonríe como un idiota ante mi pregunta.

—Lo pensaré —dice y vuelve a poner el libro a salvo—. Recuerda que tienes un pago pendiente, ¿eh?

Gruño, y solo cuando asiento me devuelve el libro.

—¡Tierra a la vista! —grita Thomas desde la cofa.

—Basta de cháchara —dice entonces mi madre, acercándose a la proa—. Veamos qué nos depara el día de hoy en tierra firme —murmura con los ojos brillosos.

Mi madre ha tardado años en localizar esta isla. Su ubicación no aparece en todos los mapas, y en muchos de los que aparece la localización es falsa. Una vez la tienes delante, es imposible confundirla con otra: la Isla Eterna está rodeada por una barrera mágica que impide que los condenados puedan salir. Están atrapados para morir allí cuando rejuvenezcan demasiado.

Desde aquí se ve la arena dorada de la playa; casi parece que condenaron a los dragones que no aceptaron la unión de los Cuatro Reinos a pudrirse en un paraíso.

El problema está, precisamente, en esa barrera mágica. Las leyendas cuentan que es una cúpula hecha de la tormenta misma y que convierte en cenizas a todo aquel que ose acercarse. Pero la capitana Diana no se deja vencer fácilmente y consiguió en el mercado negro un objeto casi tan inusual como la joya que busca: un amuleto que nos abrirá un espacio para pasar.



Ahora mismo lo sostiene en la mano. A simple vista solo parece una piedra pulida de color negro brillante. Sin embargo, a medida que nos acercamos a la barrera, empieza a brillar, cada vez con más fuerza. La luz es tan intensa que tengo que cerrar los ojos y apartar la vista un instante.

Cuando vuelvo a mirar, puedo ver que la barrera se deshace en un punto. Su brillo fantasmagórico desaparece abriendo una ventana que se adapta al tamaño de nuestro barco.

Sin embargo, una vez la traspasamos, el agua se sacude justo ante nosotros y, del centro de las olas embravecidas, surge un tentáculo.

No es el único. Todo el barco está rodeado de enormes tentáculos como ese. Parecen danzar un momento a nuestro alrededor, hasta que se lanzan a golpear el barco.

Un grito se me queda ahogado en la garganta. Uno de los tentáculos ha aterrizado a unos milímetros de mi pierna. De no haber saltado, habría acabado aplastado, al igual que parte del lateral del barco y los barriles de cubierta.

—¡Jack! —Es la voz de mi madre—. ¡Ponte a cubierto!

A cubierto. Eso. Tengo que levantarme y guarecerme donde este... este... monstruo no pueda alcanzarme. Echo a correr a toda velocidad. Algo se me enreda en el tobillo y tira de mí. Caigo de bruces al suelo de cubierta. Apenas puedo ver otro de los tentáculos adherido a mi piel.

El monstruo me arrastra por la cubierta. Intento agarrarme a la madera con las uñas, sin éxito. Hasta que un golpe hace que todo se detenga. Me levanto de un salto.



Encuentro a Harry a mi lado, sosteniendo un hacha con ambas manos.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Estoy muy ocupado intentando procesar lo que ha pasado. Un trozo de tentáculo todavía pegado a mi pie, del que mana sangre de un color oscuro. Un rugido procedente del agua. Harry ha debido cortarlo con el hacha.

Como no respondo, tira de mí y luego me empuja para que me ponga a cubierto. Prácticamente me encierra en los camarotes, a pesar de que me resisto. Cuando solo queda una rendija, veo a mi madre sosteniendo un arpón.

Lo siguiente que sé es que el barco se sacude durante lo que parece una eternidad. Escucho gritos, rugidos y golpes que me erizan el vello de la nuca.

La puerta se abre y a través de la rendija se filtra un rayo de luz que me aterriza directamente en los ojos. Por un momento temo que se trate otra vez del monstruo, pero ante mí solo está mi madre, cubierta de sangre, empapada y con una marca redonda en la mejilla.

—¿Lo has...?

—¿Matado? —completa ella—. No, pero lo hemos conseguido pasar. Ahora estamos a salvo —me asegura.

Me froto los ojos para borrar todo rastro de miedo. Al salir descubro a la tripulación tirando tentáculos cortados por la borda. Los daños del barco no parecen tan graves como pensaba.



El Aguamarina atraca en una cala de la isla. Sin la sombra fantasmal de la barrera y sin los rugidos del horrible monstruo, se asemeja a todas las islas en las que he estado antes.

Harry y yo vamos en el mismo bote con mi madre. Encabezamos el grupo, aunque algunos miembros de la tripulación se han quedado atrás en el barco. Harry se dedica a remar en silencio. Lo miro de reojo, con el libro que me quitó antes guardado bajo la camisa. Él se da cuenta y se ríe entre dientes, al mismo tiempo que sacude la cabeza.

Una vez llegamos a la playa, mi madre cierra su catalejo y salta sobre la arena.

—Andaos con ojo —nos advierte—. Recordad que esta isla está habitada por criminales y dragones desterrados. No os podéis fiar de nadie.

Asiento. Supongo que, además, me tocará formar grupo con Harry. Camino detrás de mi madre cuando nos adentramos en la isla. Cuando acaba la playa hay una frondosa selva de palmeras altas; la imagen me hace tragar saliva.

—Tú no, Jack. —La voz de mi madre me deja congelado en el sitio. Giro sobre mis talones en su dirección, levantando una nube de polvo dorado—. Tú no —repite ella.

—¿Qué? ¿Por qué?

Ella sacude la cabeza.

—Puede ser peligroso —suspira, con las manos a la espalda—. Además, necesito que alguien vigile la playa. Por si pasa algo.



Miro por encima de su hombro para volver a fijarme en la selva. El intenso color verde parece querer advertirme del peligro que se esconde allí. Pero tampoco quiero quedarme atrás.

—Pero...

—Nada de peros, Jack —insiste ella—. Te quedarás aquí. A la menor señal de peligro, vuelve al barco. No nos esperes.

Suspiro. No entiendo, entonces, por qué razón me ha obligado a venir. De todos modos, no puedo replicar.

—De acuerdo. Esperaré.

Harry me da una palmada en la espalda.

—Puedo quedarme contigo si quieres —se ofrece, pero yo me aparto de él de un salto.

—No hace falta. Puedes irte. Estaré bien solo.

Lo que me faltaba era estar, encima, con Harry. De todos los perros sarnosos a los que mi madre ha contratado en este barco, Harry tiene que ser atractivo, prepotente, engreído... y buena persona. Solo a veces.

El único consuelo que me queda es que estaré en tierra firme y los balanceos del barco no van a intentar matarme.

—Espero que os vaya bien —me despido de mi madre haciendo un gesto con la mano.

El único que contesta, sin embargo, es Harry. Me guiña un ojo y me lanza un beso en la distancia. Estúpido Harry.



Harry

HACE TIEMPO QUE me acostumbré a la humedad constante pegándose a mi cuerpo. Aun así, el calor en esta isla es sofocante, más que en otras islas. Miro hacia el cielo. Desde aquí, la barrera apenas se ve; simplemente parece que el cielo tiene un color azul más grisáceo de lo normal.

La luz del sol no me ciega, ni aunque lo mire directamente. Todo eso le da un aspecto más fantasmagórico.

Esta primera incursión en la Isla Eterna no es tan fructífera como siempre pensé. Supongo que no soy el único; que incluso la capitana, que debía ser consciente de que nada sería tan fácil como soñábamos, parece frustrada.

Me quedo rezagado un momento. Desde donde estamos, ya entre los árboles donde se escuchan los rugidos de los dragones, ya no puedo ver la playa. Jack está allí. Supongo que es normal que me preocupe por él; está allí solo y no es muy hábil para defenderse que digamos.

Si no nos damos prisa y por algún casual se viera metido en un lío, no podría salvarse solo.



—¡Harry! ¡Ven aquí! —la capitana me llama, aunque más que con urgencia, parece que fuera con curiosidad.

Sin dudarlo, me doy prisa para alcanzar a mis compañeros de tripulación. No tardo en llegar a un claro entre los árboles, donde encuentro a mis compañeros rodeando a Thomas, que se aprieta la mano contra el pecho. Delante de ellos hay unas esferas luminosas que parecen danzar a su alrededor.

Me muevo casi por instinto, alzando una mano para tocar una de esas esferas hechas de luz.

—Cuidado, Harry —avisa la capitana—. No son tan inofensivos como parece —añade, señalando a Thomas y el corte que le recorre la palma de la mano.

Retiro la mía al momento.

—¿Qué vamos a hacer entonces? Entre el monstruo que vive en el agua, los dragones y ahora esto...

—Sigamos investigando —dice ella—. Tened cuidado con estos seres. Evitadlos a toda costa mientras avanzamos. Hay que encontrar la joya, cueste lo que cueste.

Mira su brújula con atención. Por cómo se detiene a un lado, sé que está haciendo sus cálculos mentales antes de escoger un camino. Finalmente, señala un lado del camino con decisión y todos vamos tras ella.

—Recordad que debemos tener mucho cuidado. Si nos encontramos con un dragón, estamos muertos.

Venir a una isla habitada enteramente por dragones furiosos que llevan encerrados siglos tiene más riesgos que cualquier otro lugar que hayamos visitado. El Aguamarina ha recorrido



los tres mares de los Cuatro Reinos, se ha aproximado a tierras lejanas y se ha enfrentado a peligros inimaginables. Aun así, su tripulación no está preparada para un enfrentamiento directo con una bestia casi divina como es un dragón.

Los dragones son tan antiguos como la Tierra, si no lo son más aún.

Un rumor hace que nos detengamos. Guarecida entre las plantas, puedo ver a una de esas bestias justo delante. Sus escamas de un rojo intenso brillan como rubíes. Sin duda, son unos monstruos magníficos.

Pero si seguimos por aquí nos acabará matando.

En silencio, la capitana nos hace un gesto para que nos desviemos por otro lado. Solo necesitamos alejarnos lo suficiente del dragón para que no nos detecte y así reagruparnos.

—Capitana, no podemos seguir así —interviene un compañero—. No podemos recorrer la isla de un extremo al otro, con los riesgos que eso supone, sin saber dónde se esconde la joya.

Sacudo la cabeza. Sé que mi compañero pirata tiene razón, pero a la capitana Diana no le gusta que nadie replique. Como su contra maestre, puesto que me he ganado con mucho esfuerzo, me corresponde intervenir para asegurarme de que no se enfada más de la cuenta:

—Creo que tiene razón, capitana. Nos hemos precipitado y no estamos preparados para una expedición como esta. Propongo que regresemos al Aguamarina para trazar un mejor plan. Si no lo hacemos así, nunca encontraremos la joya.



La capitana aprieta los puños. Mira en la dirección en la que hemos visto al dragón. La conozco lo suficiente como para saber que lo que la convence realmente es pensar en Jack. Jack está solo en la playa, más protegido que adentrándose en la isla, pero más expuesto a los peligros que si se hubiera quedado en el barco.

Eso es lo que la hace ceder, asentir y darse la vuelta para indicarnos el camino de regreso a la playa.

—Regresemos al barco. Tengo que pensar en una forma de evitar a estos seres de luz.

Suspiro. Nos quedan muchos viajes más que hacer al interior de esta isla.

En el camino de vuelta, las criaturas luminosas flotan a nuestro alrededor. No son muchas. Parecen fuegos fatuos que nos avisan de que lo que hacemos aquí es un error.

Por los Cuatro Reinos, somos piratas. Todo lo que hacemos podría considerarse un error, depende de quien lo mire.



Kyler

AL PRINCIPIO NO LLEGO A CREÉRMelo. Llevo meses intentando buscar la manera de salir de la cueva sin tropezarme con ningún dragón. De llegar hasta la fragata que aparece todos los días sin ahogarme, porque no tengo ningún medio para alcanzarla hasta allí: entre los guardianes, el monstruo que habita el agua y la barrera que rodea la isla, es imposible acercarse al barco. Es imposible salir con vida.

Pero lo de hoy...

Me froto los ojos para comprobar que no estoy soñando, pero cuando vuelvo a abrirlos, el bote sigue ahí, en la orilla. El navío está detrás, un poco más lejos, anclado entre el oleaje. Un muchacho, de casi mi edad, permanece de pie junto al bote. Aun así, sigo sin creérmelo. No me queda más remedio que salir de mi escondrijo con sumo cuidado y acercarme a él. Es la única opción que me queda. Si no aprovecho la oportunidad, es probable que permanezca aquí otros cuantos meses. Años, incluso, ¿quién sabe?

Sin pensármelo ni un segundo más, salgo de la cueva. Avanzo encogido, guareciéndome entre las palmeras, con temor a



encontrarme con algún guardián. Si me topara con alguno de ellos, tendría un problema. En cuanto a este chico... podría mentir perfectamente y decir que soy un dragón milenario que lleva aquí desterrado no sé cuántos siglos. Que he rejuvenecido hasta tener la apariencia de un muchacho de diecisiete años.

Siento que la sangre me hierve. Ese bote es mi última baza para escapar de aquí. Nadie lo echará en falta. El navío sigue detrás, así que pueden llegar nadando o, simplemente, recogerlos con otro bote. Sobre lo que haré con los guardianes y la barrera exterior es algo que pensaré en el futuro. De todos modos, si este chico y los otros tripulantes del barco han llegado hasta aquí es porque hay una forma de traspasar la barrera.

Cuando me acerco lo suficiente a la orilla, descubro que el muchacho se ha alejado del bote y que ahora tiene la espalda apoyada contra el tronco de una palmera mientras lee un libro. Resoplo. Casi parece que este chico no sepa lo peligroso que es este sitio.

Sopeso mis opciones: podría, simplemente, correr hasta el bote y robarlo, aun llamando su atención, o podría pedirle ayuda... Pongo los ojos en blanco. No. Pedir ayuda no es una opción. Puedo hacerlo mejor. Sin embargo, las bolas lumínicas que rodean la isla me hacen estremecer solo de pensar en ellas. Un solo paso en falso y podría acabar chamuscado. Me levanto la camiseta, llena de sangre, y observo la herida que no ha llegado a curar. Siseo cuando despego la tela de mi piel y vuelvo a dejarla como estaba. Y ni siquiera sé qué pasará cuando alcance la barrera...



Quizás no sea tan mala idea lo de pedir ayuda, después de todo.

Grito internamente. Quién me ha visto y quién me ve. Como una víctima débil y sin fuerzas, corro hasta que llego a su lado y finjo que me caigo de bruces. El muchacho da un respingo que le hace perder la página por la que iba leyendo.

—¡Ah! —grita, alejándose de mí, visiblemente asustado.

—Ayúdame —murmuro, haciéndole ver que no voy a hacerle nada... por ahora.

Vuelve a acercarse a mí y deja el libro sobre la arena. Me ayuda a tumbarme bocarriba y traga saliva cuando ve la mancha carmesí en mi camiseta.

—¿Quién... eres? —pregunta.

¿Quién soy, dice? Qué buena pregunta. No puedo decirle que soy Kyler Daren, por supuesto. Ese nombre ha debido recorrer los Cuatro Reinos en todas las direcciones. Improviso un nombre sobre la marcha:

—Peter —digo, con la respiración entrecortada—. Me desterraron injustamente. He intentado escapar, pero los guardianes de la isla no me lo permiten. —Señalo con la mirada hacia arriba. Cuando sus ojos encuentran las bolas de luz que flotan sobre la isla, enarca las cejas—. La herida no se cierra.

—¿Te han herido? ¡Podrías morir! —exclama, quitándose la camisa y dejando al descubierto su camiseta de tirantes. Me fijo en que tiene los músculos definidos, pero aparto la mirada al instante.

Asiento. Ni yo mismo sé cómo he sobrevivido todo este tiempo en la isla. Al menos, no ha pasado el tiempo suficiente como



para que mi físico empiece a verse más aniñado. Una vez, muerto de curiosidad, me acerqué a la orilla para ver mi reflejo en el agua y descubrí que, pese a estar demacrado por el cansancio, el hambre y la sed, mi aspecto no había cambiado demasiado.

Me estremezco cuando el chico me levanta la camiseta raída y tapa la herida con la suya, haciendo un nudo en mi espalda. Con cuidado, me ayuda a incorporarme y esta vez soy yo quien reposa la espalda contra el tronco de la palmera. Gimoteo por el esfuerzo, esta vez sin fingir.

Fingir, esa es la clave. Siempre se me ha dado bien mentir. Si quiero salir de aquí, conseguir que este chico me saque de la isla es mi única salida.

—¿Cómo te llamas?

—Jack —responde—. He venido con... mi madre y su tripulación. Se ha empeñado en encontrar esa dichosa joya. No es más que una leyenda.

Así que es eso. Andan buscando la joya de la primera reina de Sorin, pero Jack parece escéptico. Guardo silencio mientras pienso qué responder. ¿La quieren para ellos o piensan venderla al mejor postor?

—¿Para qué queréis esa joya? —indago, aunque es cierto que no me importa la respuesta.

Él se encoge de hombros.

—A mí no me interesa en absoluto. Mi madre se ha empeñado en embarcarme en su búsqueda y hacer de mí un pirata —farfulla—. Me temo que no se ha dado cuenta todavía de que no sirvo para eso.



Enarco una ceja.

—¿No sirves o no quieres? —pregunto. No pensé que fuera a sacar tanto jugo de esta conversación. Así que tan solo se trata de un hijo con sueños frustrados, que se ha visto arrastrado a la mar por su madre. No sé a quién me recuerda.

Jack me mira como si lo hubiera desarmado.

—Ambas, supongo —responde. Hay un silencio; tras unos segundos, Jack sigue hablando—: Es imposible que salgas tú solo de la isla. —Lo dice como si supiera algo que yo no sé—. ¿Tenías algún plan?

Otra gran pregunta.

—Pensé que si conseguía dar esquinazo a los guardianes...

Jack permanece en silencio.

—Está llena de dragones, ¿no? La isla —aclara. Yo asiento—. No creo que echen en falta a uno de tantos.

Yo me río entre dientes.

—Eso mismo pensaba yo, y aquí estoy —digo, recordándole mi herida.

—¿Por qué te desterraron? Si... me lo puedes contar.

Si quiero ganarme su confianza, tengo que dar respuestas convincentes que no lo hagan sospechar. Tengo que parecer lo bastante inocente, tocarle la fibra sensible y ganarme su corazón.

Inspiro hondo y modulo mi voz para que me haga sonar nostálgico y afligido.

—Hace tiempo pasé varios años en la corte de Eirian. Me vi involucrado en un complot contra el príncipe y me culparon a mí de intentar asesinarlo.



Él se encoge un poco.

—Vaya —musita.

Ese es el tipo de flaqueza que estaba buscando. Un hueco por el que abrirme paso y conquistarlo desde dentro.

—¿Quién gobierna ahora en Eirian? —pregunto, demasiado deprisa.

Jack se extraña, pero responde.

—El rey Adley Daren. —El corazón se me acelera. Al final, se ha convertido en el rey de Eirian de verdad—. ¿Ocurre algo? —pregunta, al ver que me he quedado inmóvil.

Me apresuro a negar con la cabeza. Tengo que salir de aquí como sea.

—¿Crees que podéis sacarme de aquí? —pregunto.

El muchacho aprieta los labios.

—Es... más difícil de lo que parece. Están esos guardianes, como tú los llamas. Pero también hay criaturas en el agua... Si hubiera una forma de deshacerse de ellos...

—No hay manera de deshacerse de ellos —protesto.

Él no responde, pensativo. Da un respingo cuando oímos unos pasos provenientes del interior de la selva. Se acerca alguien. Tengo que atraer su atención de alguna forma; si él y la tripulación que lo acompaña han podido entrar, también tendrán una forma de salir y, por tanto, podrán sacarme. Exagero una mueca de dolor y emito el quejido más lastimero que puedo. No me cuesta tanto, teniendo en cuenta que estoy sufriendo un dolor horrible.



El chico se lanza a ayudarme mientras yo me retuerzo en el suelo y jadeo. Antes de que pueda hacerme ninguna pregunta, le digo:

—No te preocupes por mí. Lo que debéis hacer tu madre y tú es huir de aquí cuanto antes. Este sitio es peligroso, más aún para los humanos. Yo solo soy un criminal, Jack. —Es la primera vez que pronuncio su nombre y veo que los ojos le brillan—. Tú, en cambio, aún tienes mucho que vivir ahí fuera. —Suspiro con los ojos cerrados—. Me encantaría volver a ver el cielo fuera de esta isla de mala muerte, pero... hay sueños que no se pueden cumplir.

—Tengo conocimientos médicos, Peter. Puedo curarte...

Esbozo una sonrisa cansada. Por los Cuatro Reinos... Esta actuación me está robando las pocas energías que me quedaban.

—Te lo agradecería muchísimo. Si gracias a ti pudiera ver un amanecer más, aunque sea en esta isla condenada, todo merecería la pena.

Baja las manos lentamente hacia mi cuerpo. La sangre traspasa la vieja camiseta que llevo puesta, no tiene pérdida. Sin embargo, escuchamos que a lo lejos una voz lo llama. Él se levanta de un salto. Se acerca alguien desde la selva. Varias personas

—Mamá —dice el chico cuando una mujer de mediana edad aparece en nuestro campo de visión.

—Jack, ¿qué estás haciendo? ¿Quién es este? Te dije que no te movieras del bote; esta isla está plagada de dragones, desterrados por razones que no nos interesan. —Chica lista.



—Se llama Peter y está herido. Necesita nuestra ayuda.

—No es asunto nuestro —concluye ella—. Vámonos —bufa, volviendo al bote.

No me percato de que hay otro chico hasta que avanza unos pasos. Sus brazos están llenos de tatuajes y sus ojos verdes relucen.

—Tenemos que hacer algo, Harry —murmura Jack.

El tal Harry se encoge de hombros.

—Hazle caso a tu madre —le dice—. No querrás meterte en un lío, ¿no? Ya sabes que aun haciéndole caso te espera una buena reprimenda —le recuerda y, sin decir nada más, se da la vuelta detrás de la mujer.

—Volveremos —promete—. No hemos acabado con lo que tenemos que hacer aquí.

Dicho esto, sigue al otro chico, que ya está subiéndose al bote. Me quedo inmóvil, observando cómo se van. Cuando el navío está en marcha, alejándose de la orilla, me levanto con un quejido por la herida; sin Jack aquí, no tiene sentido seguir actuando.

Cuando me dispongo a volver a la cueva, me detengo abruptamente.

Al pie de la palmera sigue el libro de Jack, olvidado. Lo recojo y, ahora sí, hago el camino de vuelta a la cueva.

